

Lord Byron entre todas las mujeres

Lord Byron (1788-1824) fue poeta, viajero y aristócrata, aunque también un libertino, un diletante y un explorador de la sensualidad propia y ajena. Entre 1809 y 1811 recorrió el Mediterráneo desde Portugal hasta Grecia y así pasó unos meses en Andalucía, donde —según las cartas que le escribió a su madre— más de una sevillana trató de meterle mano

POR FERNANDO IWASAKI

Autor de una obra que por fortuna estuvo a la altura de su propia leyenda, Lord Byron fue una de las cumbres del romanticismo europeo y espejo de innúmeros poetas que fracasaron en el intento de imitarlo, a veces por falta de talento, otras por falta de belleza y siempre por falta de presupuesto. Y es que Lord Byron era tan rico, tan guapo y tan inteligente, que decidió abandonar la política para dedicarse a la poesía.

Iniciado sexualmente por su nodriza Mary Gray, Lord Byron descubrió en las *Mil y una Noches* aquel proverbio árabe que decía «La mujer para el deber, el mancebo para el placer y el melón para el deleite», e impulsado por la curiosidad obtuvo en poco tiempo reputación de incestuoso y sodomita, títulos que jamás habría conseguido sin la inestimable ayuda de sus primas y de sus condiscípulos de Harrow School.

Como el joven George Gordon Byron mantenía una enfermiza relación con su madre —digamos que entre pugilística y sentimental— una mañana de 1809 huyó hacia Lisboa y durante dos años atravesó Portugal, España, Italia, Malta, Rumanía, los Balcanes, Grecia y Turquía. Sin embargo, a pesar de la distancia nunca dejó de escribir largas cartas a la temida Lady Byron, a quien mantuvo al tanto de sus amoríos con mujeres, hombres y «bárbaros» de ambos sexos. Aquella íntima correspondencia fue publicada por el poeta Thomas Moore tras la muerte de Lord Byron bajo el título de *Letters and Journals of Lord Byron: With Notices of his Life* (London, 1830) y así hemos podido desvelar algunos episodios de su estancia sevillana.

Las cartas de Byron a su madre están fechadas en Gibraltar, cuando el poeta se disponía a zarpar con destino a Italia. Los caballos eran buenos, la comida regular y las camas deplorables («I have just arrived at this place after a journey through Portugal, and a part of Spain, of nearly 500 mi-

les. We left Lisbon and travelled on horseback to Seville and Cadiz, and thence in the Hyperion frigate to Gibraltar. The horses are excellent —who rode seventy miles a day. Egg and wine and hard beds are all the accommodation we found, and, in such torrid weather, quite enough»). En honor a la verdad, Sevilla no impresionó especialmente a Byron («Seville is a fine town»), quien más bien cayó rendido al hechizo de Cádiz: «Cadiz, sweet Cadiz! It is the first spot in the creation. The beauty of its streets and mansions is only excelled by the loveliness of its inhabitants».

Las mujeres andaluzas le parecieron bellísimas, mas de una belleza inversamente proporcional a su prestancia intelectual. Por eso Byron creía que la perfección femenina consistiría en una mezcla de la belleza de la mujer andaluza y las virtudes y cualidades de las mujeres inglesas («I must confess the women of Cadiz are as far superior to the English women in beauty as the Spaniards are inferior to the English in every quality that dignifies the name of man»). De hecho, a Byron le sorprendió que las aristócratas españolas tuvieran la misma mentalidad que las campesinas y la misma inclinación de las plebeyas por el chisme y los cotilleos («The Spanish women are all alike, their education the same. The wife of a Duke is, in information, as the wife of a peasant, the wife of a peasant, in manner, equal to a duchess. Certainly, they are fascinating; but their minds have only one idea, and the business of their lives is intrigue»).

¿Qué se le pasaría por la cabeza a Lady Byron mientras leería aquellas cartas de su «small and precious devil»? ¿Cómo se imaginaría a esas vampiras andaluzas? Lord Byron se alojó en Sevilla en una casa del barrio de Santa Cruz que le alquilaron dos hermanas solteras y se atrevió a contarle a su madre la descarada propuesta que le hizo una de las hermanas, quien quiso tener un *affaire* con el joven lord inglés. Según Byron, cuando él se negó (¿?)



Retratos de Lord Byron



ABC

«Lord Byron era tan rico, tan guapo y tan inteligente, que decidió abandonar la política para dedicarse a la poesía»

«Para Lord Byron la perfección femenina consistiría en una mezcla de la belleza de la mujer andaluza y las virtudes y cualidades de las mujeres inglesas»

la casera lo animó confesándole que ya había tenido otros amantes ingleses y que no se lo pensara dos veces, porque estaba a punto de casarse con un militar. La cita no tiene desperdicio, aunque uno está persuadido de que Lord Byron no sólo se pasó por la piedra a la casera, sino también a la hermana y al novio militar: «We lodged in the house of two Spanish unmarried ladies, who possess six houses in Seville, and gave me a curious specimen of Spanish manners. They are women of character, and eldest a fine woman, the youngest pretty, but not so good a figure as Donna Josefa. The free-

dom of manner, which is general here, astonished me not a little; and in the course of further observation I find that reserve is not the characteristic of the Spanish belles, who are, in general, very handsome, with large black eyes, and very fine forms. The eldest honoured your *unworthy* son with very particular attention, embracing him with great tenderness at parting (I was there but three days), after cutting off a lock of his hair, and presenting him with one of her own, about three feet in length, which I send, and beg you will retain till my return. Her last words were, “Adios, tu hermoso! Me gustas mucho” — “Adieu, you pretty fellow, you please me much”. She offered a share of her apartment, which my *virtue* induced me to decline; she laughed, and said I had some English *amante* (lover), and added that she was going to be married to an officer in the Spanish army».

Sin embargo, en medio de aquella cohorte de mujeres vulgares, chismosas y casquivanas, Lord Byron llegó a conocer a una misteriosa y sofisticada señorita con quien pudo conversar en francés y disfrutar de una memorable noche de ópera. Era tan culta como una inglesa, pero más exótica y fascinante que cualquier británica. El cabello largo, la mirada lánguida y las cejas como pétalos negros. Era guapa, morena

e irresistible. Aquella joven quizás nunca lo supo, pero salvó el honor de las mujeres sevillanas: «The night before I left it, I sat in the box at the Opera with Admiral ***'s family, and aged wife and a fine daughter, Sennorita ***. The girl is very pretty, in the Spanish style; in my opinion, by no means inferior to the English in charms, and certainly superior in fascination. Long, black hair, dark languishing eyes, clear olive complexions, and forms more graceful in motion that can be conceived by an Englishman used to the drowsy, listless air of his countrywomen, added to the most becoming dress, and, at the same time, the most decent in the world, render a Spanish beauty irresistible».

Lord Byron murió en Grecia mientras componía su propia versión de *Don Juan*, acaso recordando los días intensos y remotos de su estancia sevillana. Según Thomas Moore, uno de los personajes femeninos está inspirado en su madre y otro en su hermanastra Augusta Leigh; pero me hace ilusión creer que la bellísima morena de largos cabellos negros que Don Juan sedujo el mismo día de su boda, estaba inspirado en aquella hermosa sevillana que pasó una noche en la ópera con Lord Byron.

Thomas MOORE: *Letters and Journals of Lord Byron: With Notices of his Life*, John Murray (London, 1830), vol. I